

LA NATURALEZA DEL CAPITALISMO

Rafael Pla López

Una ligera re-visión del marxismo

El análisis aquí expuesto se enmarca en la teoría marxista del valor, con una ligera re-visión, consistente en una única palabra, o con más precisión en el añadido de dos letras: donde Marx afirma que el valor de una mercancía se mide por "el tiempo de trabajo socialmente necesario para su producción" [1], se propone sustituirlo por "el tiempo de trabajo socialmente necesario para su reproducción". Señalemos que dicha formulación es más coherente con conceptos como el de modo de producción, que se refiere a la forma de reproducirse la vida entera de la sociedad, único enfoque que puede asegurar la estabilidad siquiera sea temporal de un sistema económico.

Naturalmente, estas dos definiciones son equivalentes cuando las condiciones de producción son constantes y los esfuerzos necesarios para la restitución de un bien consumido son los mismos que los que requirieron su previa obtención.

Ahora bien, estas condiciones operan de forma distinta para los resultados "artificiales" de un previo proceso de producción, para la fuerza de trabajo y para las materias primas "primarias" extraídas directamente de la naturaleza.

En el primer caso, Marx considera que lo relevante son las condiciones de producción presentes y no las pasadas, con lo que implícitamente se está refiriendo a su reproducción. Señalemos que los ejemplos que utiliza suponen que una mejora técnica permite disminuir el tiempo de trabajo necesario para la producción de un bien, lo que redundaría en la disminución también del valor de los ejemplares de dicho bien preexistentes. El caso contrario no se somete a consideración detallada, dado que no se ve viable la sustitución de una técnica por otra menos eficiente.

Por lo que se refiere a la **fuerza de trabajo**, también considera Marx que su valoración debe incluir los medios necesarios para su sustitución, y por tanto para el mantenimiento de la prole (que, singularmente, sería la única "posesión" de los **proletarios**), con lo que está tomando en consideración el coste de su **reproducción**. Pero, singularmente, toma en cuenta únicamente los medios físicos necesarios para su manutención y alojamiento ("El valor de la fuerza de trabajo se reduce al valor de una determinada suma de medios de vida" [2]), y no la valoración del trabajo de "reproducción" de las mujeres. Si éste se tomara en cuenta, se obtendría que el tiempo utilizado por las mujeres para la crianza de un hijo y el cuidado de un esposo supera el tiempo de trabajo de éste a lo largo de su vida. Por lo cuál, incluso sin sumar el valor de los medios materiales utilizados para su alojamiento y manutención, resultaría que el valor generado por la fuerza de trabajo es inferior al valor de dicha fuerza de trabajo, y por tanto, de acuerdo con la misma teoría de Marx, la plusvalía sería negativa, y el capitalismo sería inviable por sí mismo: su viabilidad depende de que una parte del coste de reproducción de la fuerza de trabajo se externalice a unidades económicas no capitalistas, como las que constituyen las familias de los trabajadores.

Por lo que se refiere a las **materias primas** "primarias", su valorización se remite al coste de su extracción. Con ello se está suponiendo implícitamente que tales materias primas son inagotables: sólo en tal caso puede obviarse en la práctica económica la diferencia entre su producción y su reproducción, reinterpretabo la reproducción como el proceso de volver a extraer una cantidad de materia prima equivalente a la consumida.

Ciertamente, en la época de Marx podía considerarse creíble una inagotabilidad práctica de los recursos naturales, especialmente en la medida en que éstos procedían en buena parte de países lejanos, cuyos límites no se vislumbraban. Dicha tesis, naturalmente, resultaría insostenible en la actualidad. De manera que, en sentido estricto, hemos de entender la reproducción de una materia prima no como su nueva extracción, sino como su restitución. Y dado que ésta no es viable en el caso de materias primas no reciclables, deberemos llegar a la conclusión de que el valor de una materia prima no reciclable (ni

sustituible, si viene al caso, por otra reciclable) es infinito.

Dado que sobre estas premisas no sería posible la regulación económica, se recurre a la ficción de externalizar tal insoluble problema de reproducción. Al situar la naturaleza, como fuente de materias primas, fuera del sistema económico, se reduce su coste de reproducción al coste de nueva extracción, obviando lo que ocurra más allá de los límites de dicho sistema. Los cambios en el entorno natural, no obstante, repercutirán inevitablemente dentro del mismo cuando al aproximarse el agotamiento se incrementen progresivamente los costos de extracción, pero ello no es más que un pálido reflejo de los costes reales no computados en la destrucción de recursos naturales.

Señalemos que ello es posible porque no hay una autoridad económica objetiva al margen del mercado que establezca el valor de los bienes, en función del tiempo de trabajo socialmente necesario para su reproducción, como medida para su intercambio. Por el contrario, dicho intercambio se establece en función de unos **precios** establecidos a través de una serie de procesos de regulación económica. Y si desde la teoría económica marxista se sigue utilizando el concepto de **valor** no es porque éste sirva para explicar la evolución de los precios, sino porque es útil para desentrañar el mecanismo de la explotación capitalista. Ahora bien, si de desentrañar se trata, es importante llevar hasta el fondo las implicaciones de tal concepto de valor, desvelando así los mecanismos de expoliación de la naturaleza y de marginación de las mujeres, enmascarados por los procesos de externalización.

Pero es importante reseñar que tal externalización es imprescindible para el funcionamiento del sistema económico capitalista, tanto por lo que se refiere al trabajo de reproducción no pagado de las mujeres, como por lo que se refiere al uso de los recursos naturales. Lo cuál nos conduce a la siguiente cuestión.

El progreso es esencial al sistema capitalista

Marx y Engels destacan, en el Manifiesto Comunista, que "la burguesía no puede existir si no es revolucionando incesantemente los instrumentos de la producción, que tanto vale decir el sistema todo de la producción, y con él todo el régimen social. Lo contrario de cuantas clases sociales la precedieron, que tenían todas por condición primaria de vida la intangibilidad del régimen de producción vigente" [3].

Es importante destacar, por un lado, que esta condición de la burguesía es consustancial al sistema capitalista, y no una derivación coyuntural del período de su ascenso histórico. Y por otro lado, que es específico de dicho sistema. Y es importante subrayarlo, porque a menudo se ha dicho que las relaciones de producción capitalistas han pasado de jugar un papel "progresivo" a jugar un papel "regresivo", en relación con lo que plantea el mismo Marx en el Prefacio a la "Contribución a la Crítica de la Economía Política" cuando, refiriéndose al papel que han jugado históricamente las distintas relaciones de producción, señala que llega un momento en el que "De formas de desarrollo de las fuerzas productivas que eran, estas relaciones se convierten en trabas de estas fuerzas" [4]. Pero dicha afirmación genérica debe matizarse en su concreción a la especificidad del capitalismo: aunque la persistencia del capitalismo pueda ser un obstáculo para la emergencia de formas socialmente más avanzadas, ello no debe interpretarse como que el capitalismo pueda llegar a ser económicamente regresivo o "conservador", lo que es incompatible con su naturaleza. Ignorar esta característica ha llevado a menospreciar la capacidad del capitalismo para adaptarse a nuevas modalidades de crecimiento económico y desarrollo tecnológico.

La característica "progresiva" del capitalismo depende, como decimos, de su misma naturaleza, que Marx resume en el esquema D-M-D' como ciclo ampliado del capital: el capital es dinero que se invierte en una mercancía especial, la fuerza de trabajo, que debe ser capaz de generar más capital del invertido. La diferencia entre ambos, la plusvalía, es el fundamento del sistema económico capitalista.

Ahora bien, un principio tan básico de la Física como es el Segundo Principio de Termodinámica nos dice que un sistema sólo puede "progresar" como sistema abierto, a través de las interacciones con su entorno, de modo que expulse "degradación" (o, en términos físicos, entropía) a dicho entorno. De modo que la externalización es consustancial a todo sistema "progresivo". Y ello se aplica también al sistema

económico capitalista: su necesaria externalización de costes a las familias de los trabajadores o a la naturaleza no es un fenómeno accidental, sino que deriva de principios naturales básicos que condicionan la posibilidad de realización de la naturaleza esencial del capitalismo.

Señalemos que el carácter compulsivamente progresivo del capitalismo puede entenderse como una condena más que como una virtud. El capitalismo es como una bicicleta que si deja de rodar se cae. O como el autobús de la película "*Speed*", que si bajaba de una cierta velocidad explotaba. Le resulta también adecuada la parábola del escorpión y la rana, en la que el escorpión cabalga sobre la rana para cruzar un arroyo, y en mitad de la corriente le pica, provocando la inevitable muerte de ambos, con la explicación de que "*No puedo evitarlo, es mi naturaleza*". Así es, en efecto, como el capitalismo cabalga sobre la naturaleza.

Los capitalistas, claro, pueden ser **políticamente conservadores**, especialmente en la medida en que vean amenazados sus privilegios. Dicho conservadurismo político puede buscar reforzarse con un conservadurismo ideológico, por ejemplo de base religiosa. Pero ello entra necesariamente en contradicción con la incompatibilidad del capitalismo con el conservadurismo económico: no en vano el mercado capitalista tiende a corroer y disolver los lazos sociales tradicionales, como señalaban Marx y Engels en el "*Manifiesto Comunista*". Por ello, las situaciones de "doble moral", con la contradicción entre las normas morales tradicionales declaradas y la conducta práctica, son especialmente frecuentes en el seno de la clase burguesa.

La misma contradicción se da entre la tendencia a reforzar las funciones represivas del Estado frente a quienes amenazan sus privilegios, y la reivindicación de la libertad individual necesaria para el desarrollo del mercado. Esa contradicción, que se vivió en España en las postrimerías de un franquismo que se hacía crecientemente incompatible con el desarrollismo capitalista, se está viviendo actualmente en los EE.UU., donde algunos de quienes habían venido defendiendo la minimización del Estado desde perspectivas "neoliberales" ven ahora con desagrado cómo en nombre de la "seguridad" se incrementa el control del Estado sobre los individuos. De hecho, los nuevos aires autoritarios que vienen del centro del Imperio ponen en entredicho la cobertura ideológica del "neoliberalismo". Pero la insostenibilidad de un conservadurismo económico capitalista genera un terreno de arenas movedizas para la ola de conservadurismo político que nos invade.

Por el contrario, un **sistema colectivista**, que no tenga como objetivo el beneficio privado sino la satisfacción de necesidades sociales, sí puede ser económicamente conservador. Ello no debe entenderse en un sentido negativo: precisamente uno de los reproches que se podía hacer al sistema económico de la URSS era no ser suficientemente "conservador", por ejemplo de los recursos naturales del mar Caspio. Pero un sistema colectivista puede ser incluso compatible con una economía de subsistencia, en la cuál se consume todo lo producido por la colectividad y se produzca únicamente para cubrir unas necesidades constantes, de acuerdo con un principio de suficiencia.

Por ello, lo que se consideraba un estancamiento económico de la URSS no era necesariamente disfuncional a la estabilidad de su sistema económico. Lo que desequilibra dicha estabilidad es la necesidad de "competir" con el sistema capitalista, primariamente para responder a su amenaza militar en el contexto de la guerra fría, pero con inevitables repercusiones en el terreno económico, dada la fuerte base tecnológica de los sistemas de armamentos a finales del siglo XX. En ese sentido, la amenaza reaganiana de "guerra de las galaxias" cumplió su objetivo profundo: empujar a la URSS a una carrera de armamentos desviando recursos de la satisfacción de las necesidades sociales y desestabilizando así su economía, que no asimilaba dicha dinámica como un estímulo para el desarrollo económico, a diferencia de la economía capitalista, para la cuál representaba la oportunidad de grandes negocios que incrementaban los beneficios privados, en el marco del complejo militar-industrial norteamericano.

Fases de evolución del capitalismo

Hemos destacado hasta ahora una serie de características esenciales al sistema capitalista, derivadas de su misma naturaleza. Sin embargo, y como señala Sutcliffe [5], no deberíamos caer en una visión atemporal que menosprecie los cambios producidos a través del desarrollo del capitalismo. En efecto, en éste podemos caracterizar diferentes etapas, distinguiéndolas por las distintas formas de externalización a través de las cuáles se realiza el progreso económico esencial a su naturaleza.

En la **primera fase** de desarrollo del capitalismo, la acumulación primitiva de capital se da en un "medio" en el que las fuentes externas de suministro de mano de obra y de materias primas parecen inagotables. La primera, a través de la progresiva despoblación de las zonas rurales: La segunda, a través de la esquilma de los recursos naturales de las colonias. Este capitalismo primitivo aparece descrito en el trabajo de Engels sobre "La situación de la clase obrera en Inglaterra" [6].

En esta primera fase la explotación capitalista del trabajo adquiere formas extremas: el salario viene a cubrir únicamente las necesidades inmediatas individuales de subsistencia, proporcionando los medios para que, después de largas jornadas, la mano de obra pueda recuperar sus fuerzas y reincorporarse al trabajo el día siguiente. Y dicha mano de obra incluye a varones, mujeres y niños, generando un proceso de disolución de la familia tradicional. No en vano Marx y Engels, en el Manifiesto Comunista, hablan de "la carencia forzosa de relaciones familiares de los proletarios" y de que "la gran industria va desgarrando los lazos familiares de los proletarios y convirtiendo a los hijos en simples mercancías y meros instrumentos de trabajo" [7].

La perduración de esta fase del capitalismo está limitada por el agotamiento de la fuente externa de mano de obra. De hecho, la posibilidad de sustituir la mano de obra de una industria por nuevas aportaciones procedentes de zonas rurales es un arma de presión en manos de los capitalistas para forzar a aceptar condiciones draconianas de trabajo so pena de efectuar dicha sustitución. Pero en la medida en que esa corriente externa se debilita y se desarrolla la organización de la clase obrera, ésta se encuentra en mejores condiciones para negociar su propia reproducción. Y uno de los primeros objetivos es la reconstrucción de la familia obrera, para lo cuál se comienza forzando la limitación de la jornada laboral de las mujeres y los niños, y se continúa con la prohibición del trabajo infantil y la limitación general de la jornada laboral a las 8 horas diarias.

Se ha recordado, cuando los capitalistas de finales del siglo XX clamaban contra la propuesta de limitar por ley la jornada laboral a 35 horas semanales, asegurando que ello impediría el sostenimiento que la economía capitalista, que los capitalistas del siglo XIX afirmaban lo mismo de la limitación a 8 horas diarias. Sabemos, por el contrario, que dicha limitación dio paso a una gran expansión del capitalismo del siglo XIX, del mismo modo que la ley de 35 horas no ha impedido que el capitalismo francés siguiera gordo y reluciente.

De hecho, y en tanto no cuestione el sistema de propiedad privada de los medios de producción colectivos, la lucha de la clase obrera por la mejora de sus condiciones laborales ha venido siendo funcional al desarrollo del capitalismo, como un acicate a su renovación tecnológica para la obtención de beneficios, al dificultar la extracción de éstos de la simple explotación de mano de obra barata. Por otra parte, la limitación de la jornada laboral de las mujeres, o incluso su salida del mercado de trabajo capitalista, no elimina la explotación de su fuerza de trabajo, sino que hace que esta explotación se desarrolle extramuros del sistema capitalista a través del cuidado de sus parientes en el seno de la familia obrera .

Así, la **segunda fase** del capitalismo se desarrolla junto a un funcionamiento estable de la familia obrera como instrumento externo de reproducción de la fuerza de trabajo, y en el marco de una gran expansión del capitalismo que permite la conquista sucesiva de nuevas fuentes de materias primas.

De esta manera se accede a lo que Lenin llamaría el Imperialismo como etapa superior del capitalismo [8]. En esta fase, la externalización que necesita el capitalismo para desarrollarse tiene lugar principalmente en la relación entre las "metrópolis" y las "colonias", entre las que se desarrolla un intercambio desigual. Este intercambio se realiza típicamente entre los productos manufacturados fabricados en las "metrópolis" y las

materias primas extraídas de las "colonias". Pero no se intercambia el producto de iguales tiempos de trabajo, sino que la valorización del tiempo dedicado a la fabricación de productos manufacturados es muy superior a la valorización del tiempo dedicado a la extracción de materias primas, y ello incluso sin tener en cuenta el coste extra de reproducción o sustitución de unas materias primas cuya limitación se ignora.

A través de este proceso tiene lugar una inmensa expansión de la riqueza en el capitalismo de las "metrópolis", junto con la esquilmación de los recursos naturales de las "colonias" que se sitúan, en la práctica, a extramuros del sistema capitalista.

Este proceso no se desarrolla sin "accidentes". Por un lado, la dinámica interna del capitalismo provoca crisis periódicas, con períodos de expansión y depresión a través de las oscilaciones de la presión salarial sobre los beneficios y de la presión de la desocupación sobre los salarios. Y por otro lado, se desarrolla a través de conflictos externos y guerras entre distintas potencias capitalistas en competencia por los mercados exteriores y el control de sus recursos naturales, a lo que se añade a partir de 1917 el resultado de la Revolución de Octubre en Rusia y sus posteriores secuelas en otros países, que conducen a una amplia parte del mundo a liberarse momentáneamente del dominio capitalista, proporcionando además a las antiguas colonias que acceden a la independencia política un punto de apoyo en su confrontación con las antiguas metrópolis capitalistas y con la nueva "metrópolis" imperialista dominante de los EE.UU.

Pero el resultado, a través de las crisis y conflictos señalados, es un gran incremento del consumo en los países capitalistas, incluyendo a su clase obrera. Si Lenin acuñó el término de "aristocracia obrera" para referirse a los sectores de la clase obrera de las "metrópolis" que se beneficiaban del intercambio desigual con las "colonias", posteriormente la referencia externa de los países que se habían emancipado del capitalismo construyendo sistemas colectivistas genera una presión social que favorece la lucha reivindicativa de la clase obrera de los países capitalistas.

De esta manera se entra en una **tercera fase** del desarrollo del capitalismo. Una característica importante de la misma es que el coste de la reproducción de la fuerza de trabajo se transfiere en buena medida de la familia obrera al Estado, a través fundamentalmente de la generalización de sistemas públicos de enseñanza y sanidad.

En la medida en que este proceso mejora las condiciones de vida de la clase obrera, es una victoria de su lucha como resultado de una correlación de fuerzas que le era parcialmente favorable. Pero al mismo tiempo, y como antes señalábamos, es funcional al desarrollo del capitalismo. De hecho, al proporcionar una base garantizada para el consumo de la mayoría de la población, permite amortiguar sus crisis periódicas. No en vano las políticas *keynesianas* que condujeron a ello fueron una respuesta a una crisis, la de 1929, especialmente aguda.

Una de las consecuencias del proceso descrito es la pérdida de funciones de la familia obrera, que deja de ser el único sostén para el mantenimiento de la mayoría de sus miembros. Ello permitirá, en los años 60 y 70 del siglo XX, avanzar en la emancipación de las mujeres de los países capitalistas centrales que al pasar a desempeñar trabajos remunerados se liberan parcialmente de su dependencia patriarcal en el seno de la familia obrera. Naturalmente, sólo para pasar a ser explotadas directamente dentro del sistema capitalista, y frecuentemente en peores condiciones que los trabajadores varones.

Pero con todo, el debilitamiento que ello conlleva de la externalización de costes a la familia obrera dentro de los países capitalistas centrales sólo puede sostenerse a través de una agudización de la externalización de costes hacia los países de la periferia, agudizando la esquilmación de sus recursos [9]. De este modo, aunque estos países hayan accedido a la independencia política, su relación económica con los países capitalistas centrales sigue ajustándose al esquema metrópolis-colonias.

Este proceso entrará en crisis en el último cuarto del siglo XX, en la medida en que comienza a vislumbrarse el agotamiento de los recursos naturales. La primera señal de alarma fue la crisis del petróleo de los años 70, que terminó con la ilusión de la disponibilidad indefinida de una energía barata y abundante. Y es precisamente en esta época en la que se produce la eclosión de los movimientos

ecologistas, como adelantados de la imperiosa conciencia ecológica de los límites del planeta.

En estas condiciones, el desarrollo del capitalismo se ve forzado a orientarse hacia otros horizontes. Imposibilitado de superar los límites del planeta, su expansión le empuja contra otras fronteras. Externamente, hacia el intento de recuperación de los países que habían edificado sistemas colectivistas fuera del sistema capitalista. Internamente, hacia el intento de recuperación de los terrenos conquistados por su clase obrera en el período anterior, especialmente la transferencia al Estado de su coste de reproducción a través de "prestaciones sociales". Ello se expresa a través de las políticas *neoliberales* que se contraponen a las previas políticas keynesianas, propugnando la privatización de los servicios sociales y la disminución de los impuestos con los que se habían sufragado los mismos. Una consecuencia colateral será la revalorización de la familia obrera, forzada a reasumir el coste de la reproducción de la fuerza de trabajo.

El paso a esta **cuarta fase** de desarrollo del capitalismo sólo puede consolidarse, de hecho, cuando la reconquista de la mayoría de los países colectivistas modifica la correlación de fuerzas en contra de la clase obrera de los países capitalistas. Esta fase conlleva la **globalización** del sistema capitalista abarcando el conjunto del planeta.

Con dicha globalización, aunque sigan dándose actuaciones imperialistas en el terreno político-militar, las relaciones económicas ya no se ajustan al esquema metrópolis-colonias con la división de trabajo entre países fabricantes de productos manufacturados y países extractores de materias primas. Cuando la esquilmación de éstas supera un cierto umbral, su externalización deja de ser sostenible y va siendo paulatinamente sustituida por la sobreexplotación capitalista directa de la mano de obra de dichos países, a través de la instalación en los mismos de talleres o factorías ("*sweatshops*" en el ámbito anglófono, "*maquilas*" en el ámbito latino) filiales o subsidiarias de empresas multinacionales, en condiciones laborales notoriamente peores a las de los países capitalistas centrales. Con la reconquista capitalista de la mayoría de los países colectivistas, este mecanismo se extiende también a ellos.

Ello genera una doble presión sobre la clase obrera de los distintos países: en los países capitalistas centrales, presiona para el empeoramiento de sus condiciones laborales ante la amenaza del desplazamiento del capital a los países periféricos; en los países periféricos, genera una fuerte presión emigratoria hacia los países capitalistas centrales donde las condiciones laborales son todavía superiores. No obstante, las condiciones de la globalización capitalista dominante llevan a una profunda asimetría entre ambas presiones: plena libertad y facilidades para los desplazamientos de capital, obstáculos y restricciones para la emigración de trabajadores.

Ahora bien, aquí se da una paradoja: en los países periféricos (y la condición de periférico es relativa: un campesino o un cineasta francés se sienten "periféricos" respecto a McDonalds o Holliwood), los pequeños propietarios (pequeños burgueses o trabajadores autónomos, rurales o urbanos) son los que se sienten más directamente agredidos por la penetración de un capital extranjero con el que no pueden competir y que amenaza con arruinarles; por el contrario, en los países capitalistas centrales es un sector de la clase obrera quien se siente más directamente amenazado por la inmigración que puede sustituirle en sus puestos de trabajo o cuya competencia puede obligarle a aceptar peores condiciones laborales.

Sin embargo las restricciones a la inmigración no impiden que el capital se desplace allí donde pueda obtener más beneficios sobreexplotando a la clase obrera. Y, desde un punto de vista global, el restablecimiento de la simetría entre la movilidad de la fuerza de trabajo y la movilidad del capital es una base necesaria para mejorar la correlación de fuerzas en favor de la clase obrera. Naturalmente, para ello es imprescindible la coordinación solidaria entre la clase obrera de los distintos países, así como entre nativos e inmigrantes dentro de cada país, como una base para conseguir una mejora global de las condiciones laborales: el llamamiento de 1848 a la unión del proletariado de todos los países adquiere en el presente una nueva actualidad.

Al mismo tiempo, y junto al proceso descrito, el capitalismo intenta expandirse hacia terrenos *virtuales*, en el campo de la especulación financiera o del ciberespacio. Ello no se da de forma homogénea:

determinados sectores capitalistas siguen insistiendo en la esquilmación de los recursos naturales, pretendiendo ignorar las señales de alarma ecológica que se hacen cada vez más patentes, como se expresa en las resistencias a aplicar el protocolo de Kyoto. Y otros sectores capitalistas siguen buscando el aumento de sus beneficios en la sobreexplotación de la clase obrera a través de los mecanismos anteriormente descritos. Será en definitiva la persistencia de los límites ecológicos del planeta, y la capacidad de la clase obrera para defender globalmente sus intereses, lo que forzará de nuevo al capitalismo a intentar explorar nuevos caminos, cuya viabilidad por otra parte no resulta clara, dada la fragilidad mostrada por la "nueva economía" virtual de vendedores de humo.

El futuro del capitalismo y de la humanidad

No está claro, sin embargo, que tales eventuales nuevos caminos sean efectivamente transitables por el capitalismo. Hay como mínimo otras dos opciones.

La primera es que el capitalismo consuma hasta el final la parábola del escorpión y la rana, y en su insaciable cabalgar sobre la naturaleza la conduzca finalmente a una **hecatombe ecológica**, incluyendo o no episodios bélicos de autodestrucción. A fin de cuentas, y como indica el segundo principio de Termodinámica, el elevado nivel organizativo de la biosfera tiene una fragilidad esencial. Y el capitalismo se dedica a jugar con fuego sobre dicha fragilidad.

La segunda es que la humanidad supere el capitalismo accediendo a un sistema económico orientado a la satisfacción de las necesidades humanas, en el marco de una relación armónica con la naturaleza, y no a la búsqueda compulsiva de beneficios. No hay razón para pensar que un tal sistema no sea en sí mismo viable: aunque las necesidades humanas sean variables, no son inagotables en un determinado contexto histórico, al contrario que la sed capitalista de beneficios o el deseo *lacaniano* que parece su trasunto psicológico. Dicho sistema económico ha sido llamado **comunismo** por Marx y Engels, y "sociedad científica libre" en algunos trabajos del autor.

De hecho, extrapolando a partir de la situación actual, sólo estas dos opciones aparecen viables: o se supera el capitalismo en un tiempo relativamente breve, o su insaciabilidad nos conducirá a la destrucción. Con todo, no deberíamos apresurarnos a descartar la tercera opción: que el capitalismo encuentre nuevos caminos para seguir desarrollándose. De hecho, una simulación genérica con modelos matemáticos del cambio social, que por su carácter abstracto están menos condicionados por las limitaciones de las condiciones actuales, nos ha conducido a contemplar como posibles las tres opciones [10].

Ahora bien, si las sucesivas fases de desarrollo del capitalismo han conducido a sucesivas externalizaciones de costes con la expulsión de "degradación" entrópica a entornos cada vez más amplios, en la situación actual, alcanzados los límites físicos del planeta y de la humanidad (característica esencial de la "globalización"), no parecen viables nuevas externalizaciones sin una modificación radical de la base física de la economía. En particular, ello no parece posible por los caminos de la economía "virtual", cuya falta de fundamentos materiales la hace difícilmente sostenible a medio plazo en el marco capitalista. Sería necesario el acceso efectivo a nuevas fuentes de energía, como las que podrían derivarse de la energía nuclear de fusión o de la explotación de recursos extraterrestres. No parece que ello esté en el horizonte inmediato.

Por ello, una actuación racional para evitar una hecatombe ecológica debería conducirnos a buscar la superación del capitalismo, y ello incluso aunque no tengamos en cuenta los costes sociales que representa la continuación del capitalismo en su forma actual. La globalización, así, no habría de conducir al "fin de la historia", sino al fin del capitalismo.

De hecho, la economía propia de una "sociedad de la información" tiende a descansar sobre la actividad humana de forma mucho más decisiva que sobre los medios materiales de producción. En el marco capitalista, ello contribuye al carácter "volátil" de dicha economía "virtual": cuando la Time Warner se fusionó con la empresa de Internet AOL, ésta aportaba aparentemente el principal activo económico...

consistente principalmente en una lista de clientes, situación cuya inestabilidad se ha visto patente en la evolución ulterior. Pero en una economía que no descansa en la búsqueda del beneficio capitalista, sino en la expansión de las capacidades humanas, la dependencia de lo que en definitiva es una actividad intelectual humana no tiene por qué ser un inconveniente. Ahora bien, para esta vía de desarrollo es prescindible la figura del capitalista como inversor o propietario de medios de producción, lo que hace del tránsito a una economía no capitalista, sino basada en el trabajo asociado, algo natural.

En una tal economía colectivista de la información, el progreso no es una necesidad compulsivamente impuesta. Ahora bien, en la medida en que dicha economía descansa sobre la actividad humana de investigación e innovación, el progreso sí es un resultado interno consustancial. Pero un progreso que no se basa en el consumo de cantidades crecientes de energía e información a través de un ciclo ampliado de producción, sino en la generación de información nueva. Ciertamente, y como indica el mismo Segundo Principio de Termodinámica anteriormente citado, no es posible generar información nueva sin consumir energía. Pero este proceso, al no ser impuesto por una compulsión externa, puede acomodarse en su ritmo a las condiciones y límites naturales. Al no requerirse la expansión cuantitativa de unos ciclos de producción repetitivos, puede utilizarse eficientemente la energía limitada disponible para una producción de información que puede representar de por sí un progreso cualitativo sin necesidad de aumentar su cuantía: no se requiere producir más, sino producir mejor.

En esta vía de desarrollo, libre de los condicionantes propios de la naturaleza del capitalismo, puede radicar la esperanza de la humanidad.

[1] *Das Kapital, I*, Leipzig, 1867, cap.I; en la edición en castellano de Fondo de Cultura Económica, México, 1959, pág. 7

[2] *ibid*, pág. 125

[3] *Manifest der Kommunistischen Partei*, London, 1848; en la edición en castellano de Ed. Ayuso, Madrid, 1975, pág. 75-76

[4] *Zur Kritik der Politischen Oekonomie*, Dietz, Stuttgart, 1920; en la edición en castellano de Alberto Corazón Editor, Madrid, 1970, pág. 37

[5] Bob Sutcliffe, *¿Cuántos capitalismos? El materialismo histórico en los debates sobre imperialismo y globalización*, en "Mientras tanto", nº 83, primavera 2002, pág. 43

[6] *Lage der arbeitenden Klasse in England*, publicado en Leipzig en 1845. Publicado en castellano en F.Engels, "Escritos Económicos", Ed. Península, Barcelona, 1969, pág. 22-91

[7] *Manifest der Kommunistischen Partei*, *ibid*, pág. 90 y 91

[8] *El Imperialismo, fase superior del Capitalismo*, en V.I.Lenin, "Obras escogidas en tres tomos", Ed.Progreso, Moscú, 1961, I, pág. 689-798. Edición original en Ed.Zhin y Znanie, Petrogrado, 1917

[9] Ver por ejemplo Carlos Aníbal Rodríguez, *Globalización y externalización de riesgos*, en "Mientras tanto", nº 83, primavera 2002, pág. 55-68

[10] Puede consultarse *A Model of Dual Evolution of the Humanity* en <http://www.uv.es/~pla/models/panticosa/mdeh.htm> o *Consecuencias del ataque a las Torres Gemelas para la evolución de la humanidad* en <http://www.uv.es/~pla/models/torres.htm>, ambos realizados conjuntamente con M. Nemiche y presentados, respectivamente, en la 2nd International Conference on Sociocybernetics, Panticosa, 25-30 junio 2000, y en la II Reunión Española de Ciencia de Sistemas (RECS-II), València, 12-14 junio 2002